

CONVENCION NACIONAL DEL PDC DE 1986

El 7 de septiembre de 1986 se realizó la convención del Partido Demócrata Cristiano. Esta convención tiene una importancia especial en las condiciones actuales que vive el país. Su importancia reside en varias razones.

En primer lugar, actualmente el P.D.C. es el partido en el gobierno. Este hecho hace que el P.D.C. sea el partido de mayor importancia política en el país porque su posición le permite influir, condicionar y decidir sobre la evolución actual y futura de El Salvador.

En segundo lugar, el P.D.C. ha sido, y probablemente continuará siendo el partido político principal en El Salvador. Es el único partido que individualmente puede obtener una mayoría en elecciones tanto para autoridades locales como nacionales.

En tercer lugar, el P.D.C. es el único partido político de presencia nacional que basa su cohesión interna en una doctrina más o menos cimentada. Es un partido ideológico, y por serlo, allí tiene una de sus mayores fortalezas, pero también, una de sus mayores debilidades. Una de sus mayores fortalezas porque le permite continuidad y homogeneidad tanto intrapartidaria como extrapartidaria más allá de coyunturas específicas. Una de sus mayores debilidades porque su hacer práctico cotidiano se ve sometido a una evaluación permanente—intra y extrapartidaria— entre lo que la doctrina postula y el modo como esa doctrina se

practica. Intrapartidariamente este fenómeno ha pesado en la historia de los partidos demócratas cristianos generando tensiones, y a veces, divisiones internas. Una fuerza política que internamente se tensiona y se divide en una fuerza continuamente expuesta a disminuir su capacidad de conjunto.

En cuarto lugar, el P.D.C. es el único partido salvadoreño que ha contado y cuenta con bases populares más o menos permanentes, y esa permanencia posibilita la reproducción ampliada de su capacidad política como fuerza y como influencia. Esto lo hace ser un partido político popular, y tener posibilidades de permanencia que van más allá de la expectativa de vida política de sus líderes.

En quinto lugar, en el transcurso de los últimos 6 años el P.D.C. se ha convertido en una institución configuradora de una élite política nueva que rápidamente está deviniendo en élite gobernante.

En sexto lugar, el P.D.C. es un partido político de dimensión internacional en el ámbito de lo que es la democracia de corte occidental. En este sentido, constituye la competencia fundamental de los partidos de orientación marxista-leninista que hacen del internacionalismo proletario uno de sus objetivos estratégicos principales.

Es un hecho —aunque ciertamente no es el único hecho importante— que en Centroamérica, pero particularmente en El Salvador, se vive un momento en el cual la disputa este-oeste pasa por la región y por el país. En este contexto un partido de la naturaleza del P.D.C. está llamado a jugar un rol fundamental porque constituye la fuerza política más importante y coherente en esa dimensión para encabezar la perspectiva política del oeste.

Estas seis razones hacen del P.D.C. una fuerza política que posee particularmente capacidades especiales para jugar un papel de primer orden en el país. De aquí que lo que sucede hacia el interior del partido no se queda exclusivamente limitado a él, sino que, en uno u otro sentido tiene repercusiones sobre todo el país. Mucho de lo que sucede en el interior del partido son potencialmente líneas configuradoras de la política nacional. Por esto nuestro interés en comentar la convención nacional del 7 de septiembre de 1986.

No es objeto de este comentario examinar las formalidades propiamente dichas de la convención, sino las realidades políticas partidarias

que en ella se expresaron. En este examen es importante considerar la condición doctrinaria del partido viendo la doctrina como un conjunto más o menos coherente de ideas-fuerzas que impelen a la acción política.

La condición doctrinaria del partido ha generado en los últimos 6 años una escisión y una convulsión internas. Ambos fenómenos han tenido trascendencia nacional, y señalan un camino que debe preocupar seriamente a su máxima dirigencia para encontrar caminos de superación que, desde la perspectiva del partido, tengan un desenlace en las elecciones de 1988 y de 1989. Este partido, como cualquier partido político serio, tiene que ponderar y calcular apropiadamente las formas de viabilidad o inviabilidad política nacional que pueden producir las tensiones internas.

Esas tensiones no son de suyo negativas. Tienen un ángulo sumamente positivo. A partir de la superación de esas tensiones internas, en las futuras contiendas políticas el partido podría representar lo mejor que posee, tanto para lograr su fortalecimiento interno, como por lo que toca



a su servicio a los mejores destinos nacionales. Revisemos someramente la historia de esas tensiones internas para iluminar el significado político que tienen e iluminar las mejores posibilidades futuras del partido.

Entre el 15 de octubre de 1979 y los primeros meses de 1980 la crisis política nacional estaba llegando a su clímax. El P.D.C. se veía históricamente obligado a tomar una posición y una definición ante el proceso de crisis. La condición doctrinaria del partido, y su posición de fuerza opositora, permitía que en su seno abrigara a miembros y a simpatizantes que interpretaban la aplicación y los objetivos de la doctrina de formas disímiles.

Un primer grupo, el mayoritario y el más fuerte, lo constituían los simpatizantes del pragmatismo doctrinario. Estos veían en la situación una oportunidad que podía devenir en una posibilidad política futura. Consideraban que tenían que trabajar con las condiciones tal cual eran, y con ellas ir estableciendo avenidas políticas desde lo que la doctrina exigía. Este grupo entró al gobierno, y desde la doctrina, postuló reformas sociales económicas, y reformas políticas en el camino hacia la democratización, la participación y el pluralismo. Esto es lo que llevó a las reformas de 1980; a las elecciones de 1982, 1984 y 1985; a la asamblea constituyente y a la nueva constitución; a la emergencia de nuevos partidos políticos; a la apertura de espacios de mayor participación, etc.

Un segundo grupo, minoritario y más débil en términos de fuerza política interna, abandonó el partido. Estos eran los idealistas doctrinarios. El abandono de este grupo ha tenido una importancia particular, no por su cantidad, sino por su calidad. Este grupo era intelectualmente potente dentro del partido, aunque administrativamente deficiente. Sin embargo, al abandonar el partido fueron a reforzar a los sectores de izquierda con su capacidad intelectual. Desde 1980 el partido ha mantenido un enfrentamiento con estos sectores. Con su abandono el partido debilitó su capacidad intelectual. No obstante, las consecuencias no se limitaron a ello. Este grupo pasó a jugar un rol de primer orden en la estrategia político-diplomática del FDR-FMLN. Es de lógica elemental saber que durante estos últimos años el partido hubiera sido más potente con este grupo en su interior, que con este grupo convertido en su opositor, y haciendo su oposición fuera de partido.

Esta escisión interna fue superada, pero la ausencia de este grupo abrió espacios para que otros miembros del partido tuvieran posibilidades de jugar roles más importantes. Esto fue positivo desde el ángulo de ampliar la dirigencia, pero no desde el ángulo de la capacidad intelectual y el compromiso ético que había caracterizado al P.D.C. a lo largo de su historia política.

Entre 1980 y 1982, a pesar de este fenómeno, el partido se unificó nuevamente, cohesionó sus fuerzas y continuó su ascenso político. Sin embargo, los compromisos mayores adquiridos por el P.D.C. comenzaron a mostrar deficiencias en diversos ámbitos. En 1983 estas deficiencias condujeron a lo que aquí llamamos una conmoción interna del partido.

La conmoción de 1983 fue distinta y más profunda que la escisión anterior. Los que abandonaron anteriormente al partido carecían de bases. La conmoción de 1983 tenía bases importantes dentro del partido. El perfil ideológico y el compromiso histórico con el partido de quienes protagonizaron este fenómeno eran indiscutibles. Por eso conmovieron al partido desde las bases hasta la dirigencia, y por eso también no lo dividieron ni lo abandonaron. Este era un grupo de naturaleza pragmático doctrinario. Hacía una nueva lectura del país desde la doctrina, y ponía énfasis muy particular en el papel del partido para resolver los problemas nacionales con eficiencia y con justicia en todos los ámbitos de la vida nacional. Al mismo tiempo que buscaba la eficacia política, se preocupaba por la eficiencia económica y la justicia social. Representaba la reactualización histórica de la democracia cristiana según las nuevas condiciones que el país vive.

Este grupo llegó hasta postular una precandidatura presidencial. La precandidatura tomó las características de una elección primaria. En este proceso se configuraron dos tendencias fundamentales. Una de estas tendencias se le ha dado en llamar *la rosca o la argolla*. Sería más apropiado llamarla una guardia pretoriana. Esta denominación se refiere a un grupo de la dirigencia que se unificó alrededor de la precandidatura del ingeniero José Napoleón Duarte. La otra tendencia era la de la reactualización histórica de la democracia cristiana. Esta tendencia se unificó alrededor de la precandidatura del doctor Fidel Chávez Mena.

Las dos tendencias chocaron, y al chocar, conmovieron al partido. La guardia pretoriana

contaba más instrumentos de poder internos a su favor. Los usó y los empleó, a veces con métodos un poco drásticos, y en definitiva, se logró imponer en la convención. Sin embargo, se produjo un acuerdo entre las tendencias, y en beneficio del Partido y del país, se unificaron para las elecciones de 1984. Con las elecciones de 1985 la guardia pretoriana incrementó sus bases de poder, y se ha ido convirtiendo en un poder indiscutido e indiscutible al interior del partido. De esto no hay a estas alturas ninguna duda. No obstante, su poder es exclusivamente factual, y carece de justificaciones doctrinarias y éticas desde la propia perspectiva demócrata cristiana.

¿Qué quiere decir que es un poder factualmente expresable pero éticamente cuestionable? Quiere decir que mantiene, amplía y reproduce su poder negando, obstaculizando y evitando la participación de otras fuerzas internas del partido. Esto va constituyendo un desgaste continuo en la legitimidad interna de la dirigencia del partido.

La historia de El Salvador está plagada de estos fenómenos a nivel nacional. Esta ha sido la historia de los partidos oficiales desde 1932. Un proceso continuo de desgaste de la legitimidad política, hasta que finalmente esto ha terminado en graves crisis nacionales, la mayor y más profunda de las cuales fue la que explotó el 15 de octubre de 1979.

La convención nacional celebrada el 7 de septiembre pasado reflejó esta situación. En 1986 se evidenciaron fenómenos en esta dirección. El P.D.C. ha estado acostumbrado a escoger su dirigencia local para los niveles nacionales en forma abierta y con amplia participación según su estilo de democracia. Esto ha dado lugar a disputas locales para convenciones municipales y departamentales. Estas disputas tienen por función que las bases elijan a quienes considerarán que mejor los representan. Las disputas, en ese contexto, no son un problema sino una expresión de la democracia partidaria. Para la Convención de 1986 estas disputas fueron impedidas en su inmensa mayoría, y se controlaron las convenciones para que los electos estuvieran en la dirección de lo que la guardia pretoriana consideraba conveniente.

El fenómeno anterior no solamente se expresó en las convenciones municipales, y sobre todo, en las convenciones departamentales, sino que se ejerció contundentemente en la convención na-

cional de septiembre de 1986. Quienes no estaban alineados en el proceso, fueron alineados a última hora para obtener una mayoría, pero es una mayoría aparente que no refleja el sentir de la convención. Si los métodos empleados hubieran sido los de la democracia partidaria, no hubiera habido más camino que aceptar la derrota, pero al no haber sido empleados hubieran sido los de la democracia partidaria, no hubiera habido más camino que aceptar la derrota, pero al no haber sido así, es lógico pensar que los derrotados no sientan que efectivamente lo fueron.

En la convención de 1986 la guardia pretoriana le ganó al partido, pero éste no salió ganancioso ni fortalecido. Al contrario, el partido se debilitó en su conjunto. Sin embargo, la disciplina partidaria prevaleció nuevamente, y no se perciben en el escenario ni escisiones, ni convulsiones. Esto es políticamente importante por el momento, pero no lo puede ser necesariamente para el futuro. ¿Por qué puede no serlo para el futuro?

La vida política de un partido, sobre todo cuando está en el gobierno, depende fundamentalmente de la vida de un país en sus ámbitos económico, político, social e ideológico. Un partido en el gobierno se desgasta inicialmente por la fuerza de los hechos. No puede cumplir muchas cosas, aunque lo quiera, pero son cosas que en la campaña prometió, y son cosas sobre las que se evalúa su efectividad, y sobre las cuales descansa un porcentaje importante del mercado electoral.

El desgaste natural de un partido político puede contrarrestarse con una combinación especial de realizaciones en algunas áreas, acompañadas de explicaciones serias y justificadas de sus deficiencias. Esto disminuye los impactos negativos para el partido. Sin embargo, cuando un país vive una crisis como la salvadoreña este desgaste se acrecienta a niveles tales que ni las realizaciones, ni las explicaciones son suficientes. Se necesita todo un replanteamiento de la situación nacional desde la perspectiva del partido. El replanteamiento necesita nuevas políticas y nuevos hombres que las diseñen y las encabecen. Lo que la convención nacional de 1986 ha hecho es impedir el surgimiento de estos replanteamientos, de estas nuevas políticas y de estos nuevos liderazgos. La convención ha coartado la vitalidad y la sangre nueva en el partido, y ha posibilitado que se reproduzca lo que ha demostrado ser inefectivo.



Esto nos lanza a los procesos electorales de 1988 y 1989. Si la tendencia actual continúa —y no se ven, por el momento, razones para que esto no sea así— el desgaste de partido será grande. Si paralelamente otro u otros partidos logran capitalizar a su favor ese desgaste, el P.D.C. podría ver disminuida su representación en la asamblea legislativa, y podría carecer de liderazgo necesario para las elecciones de 1989. Esto solamente podría favorecer a sus opositores.

Este proceso hace razonable pensar que lo que al partido le conviene, desde su propia especificidad, es que en 1988 y 1989 sus replanteamientos y sus nuevas causas aparezcan, revitalizándolo hacia el interior y robusteciéndolo su imagen hacia el exterior.

En 1988 y 1989 probablemente le quedará claro al país y al partido que los discursos son necesarios, pero no suficientes para gobernar. Para gobernar se necesita eficacia política en las decisiones y en su implementación sobre la base de un consenso nacional amplio y pluralista; se precisa eficiencia económica para resolver los problemas de la producción, el empleo, la inflación y los déficits fiscal y del sector externo; y se requiere justicia social para distribuir en forma más equitativa y equilibrada los bienes y servicios que el país necesita.

La eficacia política, la eficiencia económica y la justicia social son los criterios que tienen que orientar el rumbo interno del partido de cara al país. Sin ellos el bien común, tan caro a la doctrina demócrata cristiana, será un concepto totalmente abstracto (puramente ideológico) que no tendrá posibilidades de ir avanzando en su realización.

El P.D.C. ha hecho mucho de positivo en estos años, pero las demandas están rebasando sus realizaciones, y probablemente las rebasarán más en el futuro. Los nuevos hombres para responder a las nuevas realidades son necesarios para el país y para el partido. Y en esto el P.D.C. tiene experiencia, y así lo ha demostrado en las elecciones en que ha participado. No hay razón, pues, para que no lo pueda volver a demostrar hacia el futuro. Los sujetos políticos que hacen la historia, son aquellos que mejor la entienden apropiada y ponderadamente, y no quienes sencillamente la ignoran. Al final, la propia historia establece los costos para todos: para un partido político y para el país donde ese partido funciona.

F.F.P.